

A movie poster for 'Los Caminantes: Necrópolis'. The central figure is a zombie priest with a pale, wrinkled face, a wide, toothy grin, and a dark, tattered cassock. He holds a wooden cross in his hands. The background shows a street with other zombie figures and a cloudy sky. The text is in Spanish.

En la Ciudad de los Muertos...

...vivir es un pecado

LOS CAMINANTES  
**NECRÓPOLIS**

CARLOS SISÍ

El campamento de Carranque vive momentos dulces. Tras haber sobrevivido el ataque del Padre Isidro y sus enloquecedoras huestes de caminantes, los supervivientes se entregan a ensoñaciones y esperanzas de futuro propiciadas por los descubrimientos del doctor Rodríguez. Juan Aranda, su líder, decide utilizar su nueva condición para explorar la ciudad en busca de otras personas que continúen todavía con vida. Sin embargo, han pasado ya tres meses desde que se iniciara la pandemia zombi que asoló el planeta y sobrevivir es cada día más duro. Su periplo personal, no exento de vicisitudes, le aleja de Carranque, donde mientras tanto inciden nefastos designios que amenazan con convertirlo en una ciudad de muertos: una necrópolis.

Para mis hijas, Sacha y Norah.  
Para mi mujer, Desirée, por tanto apoyo y amor.  
Para mi familia, por estar siempre ahí, por ser como son.

# 1. La Pandemia

Aunque ya no quedara mucha gente para llevar la cuenta del mes exacto, el gélido frío reinante denunciaba muy a las claras que corría el invierno. El lugar era la ciudad de Málaga, mucho tiempo después de la horrible pandemia que asoló todo el planeta desde Tombuctú hasta sus antípodas. Allí, el viento rugía colérico, arrastrando la inmundicia que cubría las calles de un lado a otro. A veces, soplaba tan fuerte que no era extraño ver sillas de plástico o contenedores siendo empujados sin destino ni propósito hacia uno u otro extremo. El aspecto era por tanto de desolación total, con unos barrios más afectados que otros y algunos que parecían reconstrucciones de pesadilla de ciudades agostadas por la guerra y las llamas. Los coches, abandonados o volcados, bloqueaban todas las calles; de noche, la ciudad dormía completamente a oscuras, mecida por un estertor sordo que llenaba el silencio de una ciudad muerta.

La pandemia que provocó semejante escenario fue inesperada, inexplicable, y tan completamente distinta de cualquier otra enfermedad jamás sufrida por la raza humana que casi provocó su absoluta y completa destrucción. Las vicisitudes de la evolución del ser humano desde que abandonó el mar hace millones de años hasta convertirse en pináculo de la vida en la Tierra quedó brutalmente interrumpida tras haber superado dramas, guerras, enfermedades y terribles catástrofes naturales. Nada era comparable; aquello lo superaba todo. Para empezar, la epidemia no provocaba que la gente muriese, sino todo lo contrario: los de-

volvía a la vida. Los muertos se revolvían en sus tumbas, volvían a levantarse al poco de morir y avanzaban torpemente, privados de todo intelecto y devueltos a un estado primitivo y animal donde la animosidad de todo acto consistía exclusivamente en buscar la aniquilación de los vivos, sin importar si éstos eran conocidos, amigos, familiares o amantes.

El hombre es un ser social y, como tal, había instaurado la base de su seguridad en el grupo afectivo tradicional formado por amigos, familia... el zombi se instalaba muy rápidamente en ese círculo a poco que se torcieran las cosas, y no todos tenían estómago para llevar a cabo la terrible decapitación si el atacante resultaba ser tu hijo, padre, o amante esposo. En muchísimos casos, el atacado, conmovido, simplemente se rendía.

Éstos escenarios terribles se repetían con pocas variaciones por todo el mundo. Pero así como es sabido que la guerra engendra héroes, una situación desesperada como la vivida por la Humanidad en aquellos días no fue menos. Por todas partes surgían grupos de supervivientes obcecados en conservar la vida, gente que ayudaba y gente que recibía ayuda, y se enfrentaban juntos al terror psicológico de aquél fenómeno en los lugares más dispares. En España, en la provincia de Lleida, un grupo de dieciséis personas resistían con bastante éxito en el embalse de Santa Ana: resultaba inaccesible para los zombis, tenían agua, pesca, caza y un suministro inagotable de energía eléctrica. Sin embargo, las miserias del alma humana provocaron una fuerte discusión interna por un asunto de celos y acabaron a tiros, reduciendo el grupo a sólo siete supervivientes que volvieron a escindir-se en dos: los que se marchaban y los que se quedaban. Ninguno sobrevivió.

No mucho más al norte, en el pirineo Aragonés, un total de ochenta y cuatro supervivientes compartían un refugio en una casa rural en La Ribera. Funcionaron bien por un tiempo, y realmente casi lo consiguen, pero una noche co-

cinaron un jabalí que habían cazado esa misma tarde. Deambulaba demasiado cerca de la casa y lo abatieron fácilmente. Llenó la cocina de un aroma dulzón y profundo que hizo salivar a todos los que pasaban por allí, y fue presentado en varias bandejas con cebollas y patatas del huerto al que prodigaban mil cuidados. Pero resultó que el animal había estado mordisqueando el cadáver de un zombi olvidado en los alrededores, y la gran mayoría de los supervivientes murió a los pocos días aquejada de alta fiebre, sudores y horrendos dolores. Los vómitos eran espesos y llenos de bilis viscosa. Los que sobrevivieron, débiles y enfermos, fueron devorados por los compañeros que iban volviendo a la vida. El último de ellos murió de inanición encerrado en un cuarto de baño mientras fuera, incansables, el resto de sus compañeros golpeaba la puerta, día y noche.

Historias de supervivencia similares hubo miles en todo el continente. El Centro Policial de Canillas en Madrid, por ejemplo, era un recinto amurallado de muchísimas hectáreas con altos edificios y grandes zonas verdes aptas para el cultivo. Sólo existían tres puertas en los muros de cemento de varios metros de alto, que se cerraban con verjas de acero. Allí sobrevivieron durante un tiempo varios cientos de madrileños que fueron congregados durante los días en los que la epidemia cobraba auge. Sin embargo, las puertas permanecieron cerradas a cal y canto para todos aquellos que llegaron en los días posteriores, corriendo como podían entre las hordas de muertos vivientes, buscando refugio. Fue el infame capitán de la Guardia Civil José Millán Arbona quien ordenó que las puertas permanecieran cerradas hasta nueva orden, ya que las provisiones de agua y alimentos no iban a ser suficientes para todos.

Ésta orden, imperativa y tajante, suscitó mucho malestar y un intenso debate entre sus hombres, unos treinta y dos policías que juraron proteger el libre ejercicio de los derechos y libertades de los españoles y garantizar la seguridad ciudadana. Es lo que les habían dicho, al menos, pero no

parecía corresponder con la actitud de Arbona. Mantener las puertas cerradas y abandonar a los supervivientes a su suerte no encajaba con esa parte. Arbona empezaba a provocar cierta repulsión tanto a sus hombres como a los civiles parapetados en el recinto; sudaba copiosamente, bramaba por todo y olía tan profundamente a alcohol que su aliento parecía inflamarlo todo.

Una noche, un numeroso grupo de madrileños armados estrellaron un Jeep de alta gama contra las puertas principales, doblando las grandes hojas de acero como si fueran de cartón piedra. Los goznes chillaron en la noche antes de salir disparados, clavándose con fuerte contundencia en la pared opuesta. El jeep continuó su avance unos cuatro metros, volcando lentamente hacia uno de los costados y acabando su acometida al empotrarse con contundente violencia en un pequeño portal del lado opuesto. El golpe levantó ecos ominosos y la lluvia de pequeños trozos de metal superó los tejados más altos. El conductor murió en el acto, volviendo a la negra existencia de los muertos vivientes dieciséis minutos más tarde.

Los invasores no tardaron en entrar en el recinto, disparando erráticamente contra objetivos que ni siquiera veían. Su objetivo era la toma del recinto y los víveres que allí se almacenaban. Eran indisciplinados y alocados, pero armaron un follón de mil demonios, haciéndose fuertes en una de las torres del ala este. La contienda duró diez horas y trajo vívidos recuerdos a un señor mayor de 82 años que vivió algunos trágicos episodios durante la Guerra Civil Española. Los disparos y las ráfagas ametralladoras arrancaron lágrimas a sus pequeños ojos arrugados mientras esperaba, con el resto de los civiles, a que la contienda se decidiese en uno u otro sentido.

Naturalmente, el hecho de que los caídos volvieran a levantarse para arrebatarse la vida a pedazos a los que fueron sus compañeros complicó mucho las cosas. En algún momento de la noche, por mor de la oscuridad creciente, am-

Los bandos acabaron disparándose entre sí, confundidos por la presencia de los zombis entre sus filas y los que entraban por la puerta principal, ahora privada de las fuertes rejas de acero. Unos vestían como ciudadanos, otros como guardias civiles. Lo hacían además en un número cada vez mayor, y hostigados por el clamor de la refriega, ya no lo hacían arrastrando los pies, sino *corriendo*, con las manos trocadas en garras y las bocas sedientas. Es difícil concebir el horror indescriptible que aquellas personas sufrieron en aquellos cuartos oscuros, arrojados sólo por los gritos que llegaban de las zonas de contienda.

A las cuatro de la mañana, alguien tuvo la genial idea de prender unos bidones de gasolina en uno de los corredores para frenar el avance de los zombis. Se consiguió el efecto deseado, pero el fuego lamió con avidez las paredes y el techo y en poco tiempo la estructura se vio afectada. El fuego se propagó rápidamente al piso superior y continuó desgranando ladrillo tras ladrillo, viga tras viga, hasta que parte del edificio principal se derrumbó con un estrépito ensordecedor, dejando el interior a la vista. Algunos murieron con los pulmones llenos de humo, otros, devorados por los ríos de fuego o las hordas zombi.

Al amanecer, apenas quedaban unos pocos supervivientes, aislados unos de otros y escondidos en los sitios más inverosímiles: un armario, una habitación, debajo de una cama. Cuarenta y ocho horas más tarde, Canillas era una humeante tumba de proporciones épicas. Los muertos la velaban.

También en el extranjero el hombre se negaba a ser exterminado, a perder su prerrogativa de *vivir* tras miles de años de superación y evolución. Hubo tantos casos de supervivencia como lugares recónditos y protegidos se pueden encontrar por toda la geografía del planeta, desde castillos medievales en la mitad sur de Francia a mansiones de superlujo en barrios adinerados de los Estados Unidos. Y en sitios como Rusia, tristemente, los habitantes de Lenin-

grado volvieron a revivir atroces escenas de canibalismo como no se habían visto desde la Segunda Guerra Mundial, cuando la gente tuvo que comerse unos a otros debido a la escasez de alimentos por el sitio nazi.

Pero no todo el mundo acabó mal. Ciertos pueblos, como Valencia de las Torres, resistieron con implacable fiereza gracias a su especial configuración. Rodeada de terrenos de labranza de cientos de propietarios diferentes, cada parcela estaba rodeada de todo tipo de alambradas, vallados, altos muros de piedra y otros impedimentos que frenaban el deambular de los caminantes. Nadie se enteró que el pueblo sobrevivía, sin embargo, ya que naturalmente las comunicaciones telefónicas estaban cortadas.

En el Tercer Mundo, la infección zombi tampoco prosperó tan rápida y contundentemente como en el Hemisferio Norte. La distancia entre poblaciones en el continente africano, por ejemplo, dispersó y detuvo los casos que se iban produciendo, aunque ciertos hospitales y centros de ayuda regentados por misioneros y ONG de ayuda fueron completamente devastados. Además, los Señores de la Guerra africanos estaban más que encantados de disparar contra aquellas cosas. En el Himalaya, los muchos monasterios y pueblos budistas repartidos por Bután, China, Nepal y la India apenas sufrieron la Pandemia Zombi. Se adaptaron muy rápidamente al nuevo fenómeno de la resurrección apenas se produjeron los primeros casos. Sólo en el pequeñísimo monasterio de Gingsheg se vieron completamente desbordados por los muertos vivientes, pero éstos nunca lograron abandonar el pueblo: los que lo intentaban se despeñaban por los barrancos y encontraban un rápido final al golpearse el cráneo con las piedras.

La comida era siempre un problema. A medida que el tiempo pasaba, los alimentos disponibles iban expirando y pudriéndose. Eso obligaba a muchos a abandonar la seguridad de los agujeros que se habían labrado y a aventurarse en zonas nuevas, lo que casi siempre acababa en desastre.

Los zombis acechaban silenciosos en las esquinas oscuras, no como parte de un comportamiento inteligente, sino porque su lento deambular les llevaba allí y allí se «desactivaban» de algún modo, faltos de estímulos que les interesaran. Permanecían aletargados durante semanas y meses, de pie, sin apenas mover un músculo, hasta que cualquier ruido volvía a ponerlos en marcha.

Y luego llegó la nieve. La bendita nieve. El frío intenso dejó a todos esos zombis ralentizados. Con temperaturas por debajo de cero amanecían azules de frío y bastante torpes; ni siquiera respondían bien al estímulo visual que suponía una posible víctima. Ésa circunstancia fue aprovechada por muchos para tomarse un respiro durante el invierno más frío que ningún superviviente podía recordar. Salían fuera, se reabastecían, exploraban lugares cercanos. Ello era, naturalmente, un arma de doble filo. Con el abastecimiento de energía eléctrica cortado, era difícil calentar los hogares y refugios en los que sobrevivían y hubo algunas muertes silenciosas durante la noche (lo que por descontado significaba muertos vivos por la mañana).

Así iba muriendo poco a poco el diez por ciento de la población que los zombis no pudieron matar de primera mano. Incluso los superrefugios como los de ciertas instalaciones militares en Estados Unidos, Alemania e Inglaterra sucumbieron poco a poco por unos u otros motivos: negligencia en la vigilancia o en el mantenimiento de las instalaciones, luchas internas por motivos de poder o políticos, malestar de los hombres, demasiadas misiones suicidas, desconfianza en el mando, accidentes, otras enfermedades comunes y un largo etcétera. Ninguno de aquellos comandos, por cierto, consiguió restablecer las comunicaciones básicas de larga distancia; éstas eran demasiado complicadas y dependientes de grandes servidores centrales ubicados en las principales capitales donde el número de zombis por metro cuadrado era sencillamente desmoralizador.

Pero volviendo al lugar... a Málaga... allí, el campamento del polideportivo de Carranque seguía aún en pie. Albergaba a algo menos de una treintena de supervivientes, y aquella inhóspita mañana no había nadie en ninguna de las pistas de fuera porque hacía demasiado frío. La temperatura era de unos 11 grados centígrados pero la sensación térmica era de algo menos por el fuerte viento que hacía sonar la reja metálica de las vallas exteriores.

Allí, encerrado en una improvisada prisión, dormía el Padre Isidro. Respiraba trabajosamente, febril, con la piel de un pálido color ceniza y acosado por sueños de pesadilla donde Dios le pedía cuentas por no haber cumplido su oscura misión. Pero él le rogaba que esperara, que esperara a que le diesen una oportunidad. Un momento de descuido, una debilidad donde pudiera meter su palanca y doblarlos a todos.

Allí, el Padre Isidro esperaba su momento.

## 2. Lo que ocurrió

Carranque vivía días dulces. Después de que consiguieran repeler a los zombis cuando irrumpieron en el recinto como el agua putrefacta de una cloaca que revienta, la Comunidad se sintió mucho más fuerte. Habían pasado aquellos meses con el miedo pegado al cuerpo, como una camiseta mojada. Tenían sueños angustiosos en los que unas manos negras los arrastraban fuera de la Ciudad Deportiva, y cuando estaban despiertos, miraban a través de las rejas y les parecía que sus bocas se movían para pronunciar sus nombres.

... fosé.

... erto ...

... ristina ...

Pero cuando consiguieron frenar el ataque y apresar al Padre Isidro, entonces sus corazones se incendiaron. No inmediatamente, pero sí poco a poco. Recobraron un valor que nunca creyeron haber perdido, y el ambiente general era del todo festivo, como si siempre fuera el día previo a la Navidad. Hablaban del futuro pero no de manera incierta, y hablaban también de grandes planes de reconquista. Todo gracias a Juan Aranda.

Juan Aranda era inmune. Dozer le llamaba ahora, no sin cierta sorna, *El Que Camina Entre Los Muertos*. Lo pronunciaba con voz engolada y grandes aspavientos, como si estuviera en una película antigua con vampiros que llevan levita o melodramáticos hombres lobo. Pero Aranda era inmune de veras. Podía caminar entre los zombis sin que ninguno reparara en él. Podía empujarlos, zarandearlos, apun-

tar a sus sienes con una recortada y volarles la cabeza sin que ninguno de los otros zombis se le ocurriese jamás atacarle. Y así, uno tras otro. Suponían que, teóricamente y con la paciencia adecuada, Aranda podría acabar con todos los *caminantes* de Málaga. Él solo.

Pero de eso se trataba precisamente. El Doctor Rodríguez seguía investigando en su pequeño laboratorio médico; el plan era que poco a poco, todos los supervivientes fueran inmunes a los zombis, pero quería tener la seguridad que Juan Aranda seguía sano antes de inocular al resto. Secretamente, le preocupaba que el virus, si bien reducido y desactivado como los gérmenes de una vacuna, pudiera alterar la estabilidad mental de su paciente. Era una posibilidad, vista la salud mental del Padre Isidro.

Ahora al menos tenía más instrumental, más equipo. Juan Aranda en persona lo había traído desde el cercano hospital Carlos de Haya. Cómo se había alegrado de no haber mandado a los muchachos como había pensado hacer en un principio: el edificio entero parecía una incubadora de aquellas cosas muertas. Estaban en todos los pasillos, en todas las habitaciones. Tuvo que apartarlos con ambas manos para poder acceder al área forense donde Rodríguez había trabajado. En alguna ocasión pudo sentir cómo el hueso se quebraba tras la piel al apartar a uno de ellos. El sonido y la vibración tras la carne consiguieron ponerle los pelos de punta.

Aranda había adquirido su inmunidad gracias al Padre Isidro, quien la había adquirido antes que él por una enfermedad que casi le mata. Ocurrió en los primeros días de la pandemia zombi, antes de que se extendiera, cuando en los hospitales aún había profesionales trabajando y los casos zombi empezaban a propagarse por el mundo. En los breves momentos en los que estuvo clínicamente muerto, el agente patógeno que provocaba que los muertos volvieran a la vida le infectó, pero consiguieron estabilizarlo aplicando descargas eléctricas, reanimación cardio-pulmonar y

respiración de rescate; y su viejo corazón, aunque débil y enfermo, volvió a latir.

El Padre Isidro regresó a su Iglesia, y allí fue testigo del lento despertar de los muertos. Se encerró en el templo mientras Málaga moría, y negó el cobijo a cuantos se acercaban para rezar a su Dios, cerrando las puertas y apilando los bancos para asegurar los grandes portones de madera. Se fue volviendo loco en las semanas que estuvo allí encerrado, aquejado de una fiebre continua que le producía vívidas alucinaciones. En su cabeza, el Hambre, la Peste, la Guerra y la Muerte danzaban a la luz de las velas dibujando macabras sombras alargadas en las paredes. Así rezaba, leyendo pasajes de la Biblia que alimentaban su imaginación mientras temblaba de pies a cabeza porque pensaba que había llegado el Día del Juicio Final. La Resurrección de los Muertos.

Una noche, el Padre Isidro no pudo más. Se sentía impío porque no se había dejado juzgar por el ejército de resucitados que el Señor había enviado a la Tierra. Retiró los bancos y abrió las puertas del templo que rechinaron a la tenue luz de las muchas velas que había dispuesto por todas partes. Pero cuando salió fuera a rendir pleitesía a los ejércitos del Señor, éstos no le juzgaron. Ninguno de los muertos reparó en él. Le dejaron pasar entre sus filas mientras se adentraban en la Iglesia de la Victoria para encontrar el recinto vacío.

El Padre Isidro vio entonces la luz. En su cabeza, los viejos y oxidados engranajes de la locura comenzaron a girar relegando cualquier atisbo de cordura a un segundo plano. Había comprendido muy a las claras cuál era su papel en aquella historia, y se sintió agradecido... *oh tan agradecido...* porque el Señor le había señalado a él para asegurarse de que todos los vivos fueran juzgados por los muertos. Solamente así todas aquellas almas podrían descansar en paz y ascender a la Gloria Eterna para el fin de los días.

Durante semanas, el Padre Isidro se paseó por las calles de Málaga sacando a los supervivientes de sus refugios. Para él era sencillo. Contaba con las legiones de muertos vivos para irrumpir en los puntos seguros y romper todas las defensas. Casi siempre, eso era suficiente. Los espectros entraban en tropel como una horda de asesinos y desgarraban, masticaban, despedazaban. Sólo unos pocos escaparon, pero él los persiguió, los espió durante muchos días, agazapado y oculto en los edificios cercanos y alimentando su odio, rezando a Dios para que lo perdonase día tras día por no haberles podido dar caza. Hasta que finalmente pudo descubrir dónde se ocultaban, y entonces planeó, oculto en docenas de escondites diferentes, royendo su maldad durante días y días. Los estudiaba desde la distancia, trabajando como hormiguitas en su pequeña comunidad de Carranque. Cuando el primero de ellos despertaba por la mañana, el Padre Isidro ya estaba apostado en alguno de sus agujeros atisbando con prismáticos de gran potencia, y cuando la última hormigueta daba por terminado el día y se acostaba, él seguía allí, sonriendo con su dentadura perfecta y sus ojos amarillentos y desorbitados, con la mente llena de oscuros planes que involucraban todo tipo de ideas llenas de muerte y venganza.

Un día, el Señor de los Muertos se deslizó por las alcantarillas. Era delgado y silencioso, y tenía la gracia divina de la constancia y la paciencia. Ninguno de los supervivientes esperaba un enemigo como él, que podía agazaparse detrás de cualquier tubería y acercarse por detrás con un cuchillo en la mano. Ellos esperaban un ataque zombi, siempre ruidoso y directo, así que eliminar a los centinelas en las solitarias horas del amanecer fue tan fácil como había esperado.

Desde allí, acceder a las puertas principales fue tan sencillo como beber un vaso de agua. Estaban cerradas únicamente con unas cadenas y un sólido candado, pero un sencillo cortafrío las dejó inútiles y laxas en el suelo. Y así por